

causado el cambio en la visibilidad de aquel «mapa» de ingentes proporciones.

Al contemplarlo desde allí, me sentí extrañamente triste de no poder ver mi patria en aquel momento, tan alegre, tan luchadora, tan preparada para sufrir por aquello que era justo; la patria de la que ayer mismo había formado parte, aunque hoy fuera sustituido por otro camarada. Una duda se despertó en mi alma.

—Ahí abajo fluyen ríos de sangre —dije—. Y aquí mismo hay alguien que hasta ayer fue un trabajador, y que ahora no es más que un observador más...

—La sangre corre por un mundo mejor —respondió Netti—. Pero para que la lucha merezca la pena, uno debe saber en qué consiste ese futuro. Y es por eso que estás aquí.

Con un gesto involuntario apreté su mano pequeña, casi aniñada, entre las mías.

VIII. La aproximación

La Tierra iba alejándose de manera progresiva, cada vez más delgada por nuestra separación; como una hoz muy similar a la de la Luna, pero acompañada de la hoz más pequeña del satélite. Mientras aquella distancia iba aumentándose,

los habitantes de la nave nos transformamos en fantásticos acróbatas, capaces de volar sin alas, y de adoptar cualquier posición que se terciase, ya fuera con la cabeza hacia el suelo o hacia el techo. Era una locura. No tardé en ir conociendo a mis nuevos camaradas, y comencé a sentirme también bastante más cómodo en su compañía. El segundo día después de nuestra partida —decidimos conservar esa forma de contar el tiempo, aunque por supuesto no teníamos ni días ni noches—, tomé la iniciativa de vestirme con ropas de Marte, tratando de que ello ayudase a mi progresiva integración. Debo decir que aquellas ropas no me desagradaban en absoluto. Eran simples y cómodas, sin ningún añadido innecesario como pajaritas o falsos puños, y conferían sin embargo una gran libertad de movimiento. Cada sección del atuendo se encontraba conectada con la otra mediante pequeños corchetes, de manera que el traje se mantenía unido como un objeto único. Pero, al mismo tiempo, cada pieza individual resultaba fácilmente desprendible, y era posible, por ejemplo, remover una manga, o ambas, o bien toda la camisa. Y el comportamiento de mis compañeros de viaje era paralelo por entero a los de esas ropas: no había nada innecesario en el mismo. Eran claros y directos en todo momento. Nunca decían hola, nunca decían adiós. Nunca se daban las gracias, ni tampoco mantenían conversaciones de cortesía, mucho menos si el objetivo principal del intercambio de palabras

había sido convenientemente alcanzado. Pero a la vez eran extremadamente pacientes, y me daban todo tipo de explicaciones con las que iban adaptándose al nivel de entendimiento de sus interlocutores, y también a su modo de pensar, de manera que nunca daban la impresión de insistir sobre sus propias opiniones.

Desde los primeros días, me había impuesto la tarea de aprender su idioma, y todos ellos estaban dispuestos a ocupar el puesto de mi profesor, en especial Netti. Se trataba de un idioma extraño, y, a pesar de la gran simplicidad de sus reglas gramaticales y de la formación de palabras, poseía ciertas peculiaridades que me resultaban complicadas de negociar. Sus reglas no poseían ninguna excepción, y no poseían divisiones tales como los géneros femenino, masculino o neutro, aunque todos los objetos y cualidades mutaban con el tiempo. Nunca logré entenderlo.

—Dime, ¿cuál es el propósito de esto? —pregunté a Netti.

—¿No lo entiendes? En tus idiomas, cuando nombras un objeto o intentas descubrir o decidir si es femenino o masculino, ¿acaso no se trata de una empresa innecesaria? Sobre todo resulta extraño cuando lo aplicáis a objetos que han dejado de existir. Nosotros pensamos que es mucho más importante distinguir entre objetos que existen, o que no existen todavía. Para ti «niña» es femenino,

y «conejo» masculino, mientras que en alemán ambos son neutros. Y saberlo tampoco te ofrece ninguna información extra. Pero cuando hablamos sobre una casa que se ha incendiado, o bien una casa que uno piensa construir, usáis exactamente la misma palabra que para una casa en la que se está viviendo en el presente. ¿Acaso puede existir alguna diferencia mayor que entre un hombre que está vivo y un hombre que está muerto? ¿Entre aquello que es y aquello que no es? Vosotros necesitáis de palabras y frases enteras para explicar esta diferencia tan crucial. ¿No sería mejor indicarlás mediante la simple adición de una única letra a un término ya formado?

En cualquier caso, Netti parecía contento con mi memoria, y sus métodos de enseñanza eran excelentes, de manera que mi progreso fue rápido. Esto me ayudó a acercarme a los marcianos, y comencé a pasear con más confianza por todo el *eteronef*, visitando las habitaciones y los laboratorios de mis compañeros de viaje y preguntándoles todo aquello que me interesaba.

El joven astrónomo Enno, uno de los ayudantes de Sterni, me mostró gran variedad de cosas. Era evidente que disfrutaba de su trabajo, no solo de las fórmulas y de las mediciones y cálculos como su jefe, sino también de todo aquello que tenía posibilidad de observar. Me sentí fuertemente atraído por este astrónomo, que se me antojaba una especie de poeta. Sentía que las enseñanzas de Enno podían ayudarme

a comprender mi lugar en la naturaleza. En una ocasión Enno me mostró el pequeño planeta Eros magnificado con intensidad. Una parte de su órbita se encuentra entre la Tierra y Marte, y el resto más allá del planeta rojo, cerca del cinturón de asteroides. Aunque se encontrase a unos 150 millones de kilómetros de distancia, la fotografía de su pequeño disco, una vez magnificada con el microscopio, revelaba una geografía completa, como un mapa de la Luna. Por supuesto, al igual que nuestro satélite se trataba de un planeta sin vida.

En otra ocasión Enno tomó una fotografía de una lluvia de meteoritos que tenía lugar a varios millones de kilómetros de distancia. La imagen mostraba poco más que una nube. Enno me reveló que una de las anteriores expediciones de un *eteronef* a la Tierra había llegado a su fin al tomar contacto con esa misma lluvia de meteoritos. Los astrónomos que habían observado la nave a través de los mayores telescopios, habían visto cómo la electricidad se había cortado antes de desaparecer para siempre en el espacio.

—La nave se estrelló contra alguno de ellos, pero la enorme diferencia entre sus masas se tradujo en las ventanas de la nave destrozadas, lo que hizo que el oxígeno la abandonase, y que el frío interplanetario congelase a los exploradores. La nave continuó en dirección a una órbita de cometas alejada del Sol. Desconocemos donde puede encontrarse ahora.

Con esta historia, Enno logró de alguna manera que el frío del espacio desierto se adueñara de mi alma. No pude evitar imaginarme nuestra pequeña bola de luz, flotando durante toda la eternidad en un océano muerto y sin fin, moviéndose a una velocidad que causaba náusea, y aquel desierto negro tragándonos... Enno debió intuir mis pensamientos.

—Menni es un capitán excelente —dijo—. Y Sterni no comete fallos. En cuanto a la muerte... Debes haberla visto de cerca muchas veces... No es más que la muerte.

Pronto llegaría la hora cuando estas palabras se repetirían en mi alma, causándome un agudo dolor.

Letta, el experto en química de la expedición, me aceptó con aquella simpatía de carácter a la que Netti se había referido, además de mostrarse dispuesto a compartir sus amplios conocimientos conmigo sobre un tema de interés común: la composición de la materia. Solo Menni poseía más conocimiento que él en el tema; pero yo trataba de mantenerme apartado de él, ya que iba entendiendo que su tiempo era demasiado precioso, tanto para la investigación científica como para el éxito de aquel viaje. Letta demostró una paciencia encomiable mientras me permitía interrumpirle con preguntas, y parecía disfrutar al compartir conmigo sus conocimientos.

Su compañía se tradujo en una verdadera y utilísima educación en nuestro común tema de

interés. Cada explicación era ilustrada además con una amplia variedad de experimentos con los que demostraba tanto la extracción como la síntesis de diversos elementos. Alguno de aquellos experimentos, sin embargo, no se llevaban a cabo en la nave debido al riesgo de explosiones, y tenía que contentarme con escucharle recrearlos a viva voz. Otras veces, sin embargo, Letta se ponía manos a la obra.

En una ocasión Menni entró en el laboratorio, sorprendiéndonos en mitad de un experimento increíblemente interesante y peligroso.

—Ten cuidado —dijo—. Este experimento terminó mal en una ocasión para mí. Incluso el error más ínfimo en las cantidades que utilizas, unido a la menor carga eléctrica que puedas imaginar, puede traducirse en una explosión que haría que todos saltásemos por los aires.

Aunque Letta ya había decidido que no demostraría el experimento, Menni sugirió llevarlo a cabo él mismo, y la reacción esperada se produjo sin ningún problema. Al día siguiente surgió un nuevo experimento con la misma sustancia, pero creí ver que Letta no la extraía de la misma jarra de muestra. Estaba a punto de aplicar la corriente eléctrica, pero pensé que tenía que decírselo. Parecía bastante preocupado mientras se dirigía hacia la habitación donde se almacenaba el agente reactivo. Mientras tanto, depositó la combinación en una mesa que,

casualmente, estaba adherida a la pared exterior de la nave. Yo me dirigí con él hacia la habitación donde se guardaba el reactivo.

La explosión que se produjo a continuación nos impulsó a ambos con gran fuerza dentro de la habitación. Se escuchó una especie de silbido ensordecedor, así como un chirriar metálico, y sentí que una fuerza tan poderosa como un huracán me atraía hacia la pared exterior. De forma automática, me agarré a una barra que estaba atornillada a la pared, y, agarrado a la misma, me quedé suspendido horizontalmente en el aire. Letta corría mi misma suerte.

—¡Agárrate con fuerza! —me gritó, aunque apenas podía oírle. Un frío intenso me recorrió el cuerpo. Letta parecía buscar algo con los ojos a su alrededor. Tenía el rostro pálido de repente, pero a la vez firme y resuelto. Me dijo algo más que no logré entender, pero que imaginé como una despedida. A continuación se soltó de la barra. De nuevo un ruido intenso, como una explosión más, y de pronto el rugido de aquel huracán cesó. Sentí que podía soltar la barra, y miré cuanto me rodeaba. No había rastro alguno de la mesa. Letta parecía encontrarse pegado contra la pared, con los ojos muy abiertos y el rostro como congelado. Estaba inmóvil, con los ojos muy abiertos. De un salto llegué hasta la puerta y la abrí. Un intenso aire cálido me empujó de espaldas. Un segundo más tarde entraba Menni, y se dirigía hacia Letta.

Al poco la habitación estaba llena de gente. Netti los apartó, y corrió hacia Letta, mientras todos nos rodeaban en silencio.

—Está muerto —resonó la voz de Menni—. Su experimento explotó, abriendo un agujero en la pared de la nave. Letta lo cubrió con su propio cuerpo. La fuerza de extracción que se ha producido ha detenido su corazón. La muerte se ha producido de forma instantánea. Letta ha salvado a nuestro invitado. Si no fuera por él, ahora ambos estarían muertos.

Netti dejó escapar un profundo sollozo.

IX. El pasado

Durante unos cuantos días tras la catástrofe, Netti no abandonó su habitación. Por mi parte, comencé a notar cierta antipatía en la mirada de Sterni. Por mi culpa un excelente científico había muerto, y sin duda la mente matemática de Sterni no podía evitar hacer balance entre el gran valor de la vida que se había perdido y la insignificancia de la mía. Menni en cambio permaneció tan amable como de costumbre, incluso redoblando sus atenciones. Enno y todos los demás se comportaban como él.

Intensifiqué mis horas de estudio del idioma marciano, y a la primera oportunidad que se me presentó, le pedí a Menni que me prestase un libro